

Lección del Día de la Fe

El espíritu de la Fundación

Al filo del verano, en el tránsito de la estación del sol a la de la nieve, en plena época esperanzada de sementera, celebramos una vez más el Día de la Fe en el Aniversario de la Fundación Falangista. Tiene algo de entrañable esta anual conmemoración del hecho más revolucionario de nuestra historia contemporánea, y es más que una pura coincidencia el que en un mismo día se unan dos conceptos como el de la Fe y la Fundación.

Fundar es establecer sobre el cuerpo de una nación las instituciones y las ideas que, transformando su ser en lo íntimo, aspiran a conformar su vida con moldes nuevos. El que tiene ánimo de fundador clava las raíces de su doctrina en el campo maltrecho de la Patria y le da firmeza y permanencia. El espíritu de fundación es el contrario del ánimo de intensidad que todos los regímenes políticos revolucionariamente establecidos tienen que salvar; el espíritu de fundación es el que por José Antonio cuando el 29 de Octubre de 1933 se dirigía a los españoles para mostrarles la falda de autenticidad de una España, que cuyo pueblo sufrido y marabioso se había montado, en inestable equilibrio que ya duraba dos siglos, unos regímenes que eran pura farsa.

Pero el fundador se diferencia del crítico en que éste solamente denuncia y destruye, y aquél, por el contrario, levanta sobre las ruinas de lo anterior un cúmulo de cosas atractivas, íntimamente unidas con la esencia y naturaleza de un pueblo, con su historia y tradición, pero también capaces—que no son ideas muertas—de conducirlos por los caminos inciertos del futuro. Saben siempre los auténticos fundadores que junto con el amor al pueblo sólo las cosas importan. Ellas nos sustentan y nos mueven, ellas nos dan medida de la lealtad de los hombres y nos permiten distinguir lo que sirven por condición de que sirven por ambición incoercible.

La recién fundada Falange fue ideal y al denunciar a los escollos la estrechez de miras, la discordancia, la injusticia, la desunión, el odio de las clases, los parajes, las regiones y los hombres de la realidad de aquella España encendía el amor, pero no el odio; al mismo tiempo que destruyó el ensueño y posibilidad de una Patria entrevista en nuestro ánimo, justa, unida e independiente, mató en nosotros todo lo conservador y nos hizo de vida revolucionarios, auténticos disconformes, con lo que no se aproximaba a nuestra verdad.

La Falange

porque no estábamos—ni estamos aún—contentos, y porque nos una España soñada frente a España real, y porque queremos que los hombres sean todos en una misma ilusión, la Falange no se limitó a hacer tampoco una idea, sino que fué una moda, un estilo. Nos dijo que Esperanza era algo vivo y latente, algo perdido en pasiones y esperanzas no el cuerpo muerto e inerte sobre una mesa de disección. España había que enfrentar. Todo el ánimo de un cruzado, todo, fortuna, vida y muerte, todo a la carta de su ideal, y no el antipático gesto del especulador intelectual.

Porque José Antonio quiso que la Falange fuera así; y los hombres que lo sirvieron—los de la primera hora, los de la Vieja Guardia—supieron comprenderlo, nuestro movimiento no ha sido un simple moda, sino un modo de la Patria. La moda liviana, interina e insustancial es algo que flota en la superficie de los pueblos. Sobre ello se asienta por un simple capricho sentimental, y a impulso de otra vengulera de no se sabe qué opinión abandona las naciones lo mismo que las tomó. Lo que no echa raíces no deja huella, y hacer modas es como arar en el mar.

Un modo, no; un modo se afianza sobre la carne de la Patria, y con ella se hace consustancial. Así es la Falange, y por no ser una moda ni un capricho ha visto pasar dos guerras, hundirse pueblos y doctrinas, cambiar las fronteras del mundo, destruirse poblaciones y derrumbarse naciones por el efecto de las nuevas armas; ha sufrido ataques, injusticias, desprecios e ignorancias dentro y fuera de España. Pero cambian en los últimos quince años hombres, pueblos y doctrinas, y sólo la Falange permanece. Porque la Falange es ya nuestra misma Patria.

Ha ganado para ella y su ideal, si no la totalidad, sí la mejor parte del pueblo español, porque ser falangista no es tener un encuadramiento ni una documentación, sino comportarse consciente e inconscientemente como tal. Quién que no sea sordo y ciego dejará de ver en los sacrificios, en el constante servicio, la abnegada disciplina, en el entusiasmo y la adhesión de nuestro pueblo en los últimos catorce años la huella imborrable de la Falange?

El Frente de Juventudes puede estar satisfecho, porque ha sido el más eficaz instrumento para esa batalla menos cruenta, pero tan importante como la de la guerra, que es la conquista espiritual del pueblo, sin la cual la victoria hubiera sido cosa pasajera.

La Fe

Pero hoy no es sólo la fundación de la Falange lo que celebramos, sino también el Día de la Fe. Es una cosa muy hermosa la Fe, aunque, como en este caso, no se trata de la virtud teológica, sino de una virtud que aplicamos al campo de la política. Si por la fundación nos salvamos de la interinidad y ganamos la permanencia de la Falange por la Fe, nos salvamos de la incertidumbre y ganamos nuestra seguridad espiritual.

Hubo un tiempo en que los hombres, por no tener fe, dejaron hasta de creer en Dios. Todo lo que pasaba ante sus ojos y sus conciencias era sometido al fino tamiz de un análisis racional, porque de todo dudaban y sospechaban. Perdieron por eso la capacidad para maravillarse, que es una de las más hermosas que el hombre puede tener. Todo para ellos pasó a ser relativo, y la duda, el método habitual para enfrentarse con la vida.

Fueron hombres tristes, porque ni de sí mismos estaban seguros; hombres que no habieran comprendido la alegría de nuestras canciones, la vitalidad de nuestros campamentos, la reciedumbre de nuestras oraciones.

Por el contrario, la Fe es la creencia de que hay cosas indiscutibles, en la medida en que todo lo humano lo es. No se trata de divinizar las cosas ni las personas, sino reconocer en algunas de ellas una superioridad que las coloca ante nosotros con una reconci-

dad primacia. A su sombra, más seguros y confiados, podemos hacer que nuestro trabajo, aquel que nos toca en suerte, sea más eficaz y rinda los frutos que la Patria necesita.

La seguridad de nuestro pueblo se asienta en la Fe: Fe en una Patria, en una política, en un hombre; en España, en la Falange y en Franco.

La Fe en España

La Fe en España es la confianza de su perennidad, la certeza de su permanencia. Es el convencimiento de una continuidad de siglos, de la fuerza indestructible de un pueblo magnífico, abundante en virtudes y servicios, y la esperanza de un futuro en que a España aguardan caminos de gloria.

Nosotros creemos en la grandeza de España. No en la grandeza que dan los cañones, las fábricas y las colonias, sino en otra muy distinta. Sólo Dios sabe si siendo una nación materialmente grande nos veríamos ahora derrotados, los vididos y sujetos a eso que los vencedores llaman «liberación»: hambre, muerte sin gloria e insulto permanente por parte de la fuerza.

Nuestra grandeza es muy otra, y nuestra manera de imperar en el mundo, también. Nosotros mandamos por las virtudes de nuestra razón, por la misma fuerza de nuestra verdad. Nuestra grandeza no es como la bomba que necesita destruir para vencer, sino como la luz, que se conforma con iluminar. Europa entera nos está dando la razón que nos negó en 1939, y el mundo, desorientado ante la amenaza de una tercera guerra, vuelve hacia España los ojos intentando descubrir los motivos de nuestra interna seguridad y de nuestra independencia orgullosa. Se acerca la hora en que el aislamiento de nuestra Patria termine, y en que hemos de prepararnos para ocupar en el concierto de las naciones el puesto moral que nos corresponde; en primer lugar a Europa, a la que, ausente durante muchos años, tenemos que devolver el pulso que nuestros grandes reyes le dieron. En segundo lugar, pero no el menos importante, en América, donde ya las voces hermanas nos convocan a una acción unida.

Pero nuestra Fe en España no lo es solo en el corazón de su presencia mundial, sino en los síntomas de su reconstrucción interior. Muchas veces, camaradas, nuestra sana y amplia ambición nos hace empequeñecer lo mucho que el régimen ha conseguido, no sólo en las realizaciones materiales de todos los órdenes de la vida nacional, aun a pesar de las dificultades de la destrucción y el aislamiento, sino también en el orden de la elevación moral de nuestros hombres en la educación de la juventud y en la pacificación de los espíritus.

A la hora de calificar esta obra la juventud no puede olvidar el esfuerzo del pueblo español que en catorce años ha sabido renunciar y trabajar, sin un gesto de protesta ni una voz discordante, con la esperanza de llegar a las futuras generaciones una España cien veces mejor.

La Fe en la Falange

Sigue después nuestra Fe en la Falange. Si la Fe en España nos hace solidarios de su pasado y nos prepara para el futuro, la Fe en la Falange nos determina a la acción política. Nada nos podrá apartar de esta línea, y los intentos para que la juventud se educe en un

apoliticismo decadente chocan inutilmente contra la firme voluntad de terminar la transformación española.

Los principios de doctrina que José Antonio anunció el 29 de Octubre están todos en pie. Los que se han ensayado han sido seguidos del éxito, y en los todavía no implantados laten las soluciones para los problemas y los males de España.

Además, nuestra Fe en la Falange es tanto más firme cuanto que nosotros representamos su continuidad. Pobres de los movimientos políticos que no se extienden más que por el breve período de una generación! ¡Ay de aquellos que creen que una doctrina política tiene que morir con los que la fundaron! La Falange, por el contrario, que desde la primera hora se nutrió y estuvo servida por hombres jóvenes, muchos de los cuales entregaron lo más preciado de sus vidas, sigue llamando con el mismo resultado a las generaciones nuevas de la Patria. Y ello es así, porque en el panorama político español, sólo el nacionalsindicalismo significa una solución netamente revolucionaria para los males profundos de España. Una solución profunda, radical, total, que exige renunciadas de derechos y comodidades privadas, que incluso parecen justos, pero que por llamar a su servicio a las gentes generosas encuentra en la juventud la contestación más ferrociosa.

La Fe en Franco

Y, finalmente, nuestra Fe en Franco. Aquí el acento tiene que hacerse más íntimo y cordial, y las palabras han de salvar los tópicos repetidos, de los que con una frase aduladora pretenden comprar una dosis de comodidad. Si los ideales es lo más importante, de poco sirven a la marcha de las naciones si no encuentran los hombres que los sirvan, y sobre todo, el Caudillo que los implante. Nosotros lo hemos encontrado en Francisco Franco, y esa ha sido la gran suerte de España, necesitada de que a los viejos políticos de los antiguos regímenes que entendiera la Jefatura como un imperativo de amor.

Porque Franco, camaradas, es el gran enamorado de España, el hombre que ha hecho de su vida entera una permanente subordinación a la empresa de todos. En eso está su gran humanidad. Una propaganda no siempre afortunada lo ha querido reducir a puro símbolo cuando su gran virtud, su maravillosa virtud, es el enorme calor con que se siente unido a las ilusiones, las alegrías y los dolores de su pueblo.

Cuando lo vemos en los actos oficiales, rodeado de todo el protocolo que la Jefatura del Estado exige y del entusiasmo de las multitudes, se nos alcanza difícilmente su profunda semblanza humana, aquella que la perfila como el héroe hecho padre de su pueblo.

Cuando, como él lo ha hecho, un hombre se entrega al trabajo por levantar una Patria, y cuando la ha servido con la misma honradez y eficacia en la paz que en la guerra, debemos depositar en él nuestra fe.

La Fe en Franco es la confianza de que él sabrá perfilar nuestra nación y conducirla por un futuro que tiene muchos fáciles profetas, pero muy pocos hombres que sepan en realidad intuirlo.

A sus Falanges Juveniles y a la Academia «José Antonio», tiene dedicados retratos de su puño y letra, afirmando su fe en la obra del Frente de Juventudes. Y es que la confianza que nosotros tenemos en él depositada, responde con la suya en nuestro esfuerzo. ¡Hay algo más emocionante que esta seguridad de un Jefe en el empuje de quienes son sus más fieles soldados!

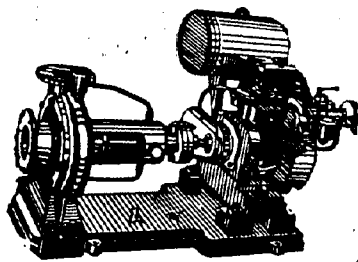
Diez años del Frente de Juventudes

Por estos días el Frente de Juventudes cumple el décimo aniversario de su fundación.

Hemos plantado campamentos en la orilla del mar y en la montaña, hemos escalado los más altos y difíciles riscos y recorrido todos los caminos de la Patria; hemos enseñado a nuestros hombres las canciones del pueblo y los ritmos para la marcha, hemos mejorado por el deporte la constitución física de nuestras juventudes, hemos enseñado que todos los españoles, todas las regiones y todas las clases son iguales en el servicio a la Patria, hemos educado en el ejemplo de los héroes y en la doctrina de los fundadores. Pero ante todo, hemos mantenido en un pueblo la fe viva en un hombre.

Y han sido nuestras Centurias en las horas difíciles de 1939, de 1945 o de 1947, cuando los tibios ensayaban nuevas posturas, y aun los más leales guardaban silencio, las que han cantado por las calles la alegría de estar bien dirigidas y la seguridad de un futuro, en el que, empezando ya a ser presente, todos se arrojan—todos, menos Franco, la Falange y su juventud—una parte de botín.

Esta es, camaradas, en el décimo aniversario de la Falange y el décimo de nuestra Organización, el orgullo que llena de satisfacción nuestros corazones. ¡Arriba España!



Grupos para riegos

Motores aceite pesado y gasolina en todas las potencias, Maquinaria para la madera y metales, molinos y maquinaria agrícola.

“ASIMER, S. A.” - Ferraz, 8

MADRID

Representante en la provincia:

Manuel Gallego Martínez

FUENTELESPINO DE HARO (Cuenca)

GRATUITAMENTE

recibirá Ud. los números de nuestra Revista ESPIGAS Y AZUCENAS correspondientes a los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del año en curso, si solicita suscribirse a ella. Para efectuarlo dirigir la correspondencia a ESPIGAS Y AZUCENAS, PP. Franciscanos.—MURCIA. Precio de la suscripción 15 pesetas al año.